

Alerce

N° 123, noviembre de 2024. Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile. Director: David Hevia.

Américo Reyes: tal si las palabras fuesen un sueño, la flecha fértil está aquí para empezar de nuevo

Nacido en Curicó en 1960, es autor, entre otros libros, de *El confesionario* (RIL Editores, 2015), *El flautista* (Ediciones Inubicalistas, Valparaíso, 2017), *Black Waters City* (Ediciones Nueve Noventa, 2018) y la antología personal *Hijo del Guaiquillo* (Ediciones Nueve Noventa, 2022). Destacada figura de las letras nacionales y generoso promotor del trabajo cultural en sus más diversas dimensiones, el poeta comparte con los lectores de *Alerce* una selección de sus bellísimos escritos.

Para saltar al sol

Si no creyeron en mí
qué va a importar, es difícil
soportar una época que no alcanza
para besar, para subir
y bajar una escalera rota;
si no fui sufrible, amistoso;
si me pasé la vida escribiendo poemas
que al fin y al cabo
nunca sirvieron para levantar una casa
—un ladrillo pudo más que eso—;
si no bendije el agua que di
si no importó a su tiempo
ya no, qué va a importar;
si estuve siempre encerrado en mi felicidad
callada;
si le prendí velas a la inocencia y me quejé



después
de los muertos que no me han dejado vivir
tranquilo, qué
va a importar
si no importó
en su momento.
Aunque no importa, es verdad:
estoy aquí
para empezar de nuevo.

Decálogo del poeta

Escribe poesía como si no tuvieses nombre, tal
si las palabras fuesen un sueño
o un derroche, como si hubieses sido tú
el primer partisano que gritara,
al lanzarla: ¡Viva la flecha fértil!

Escribe poesía de lo que nunca verás
ni podrás definir ni llevar a cabo
en contra de la luz o a favor de ella, como
si fueses el ciego que ostentó su blasón
en la ciudad marcada por el fin de la leyenda
y el principio del miedo.

Para el sordo verdadero
que aprendió a escuchar de abajo hacia arriba
escribe poesía
como si no fueras tú el Oidor flagrante, aquel
al que hicieron sosegar a palos.

Escribe poesía cuando te hablen y hablen
y el silencio, no obstante, persista,
pero también cuando no haya ningún silencio que
encubrir
porque las palabras se habrán salido de madre.

Y porque el roce de las manos engaña y envilece
envejeciendo indistinta, prematuramente
al tocador y su tocado
escribe poesía como si no tuvieras manos.

Escribe poesía como si no tuvieras lengua, maldice
cantando los planes del mentiroso y del cobarde, y
de rondón
pregúntate quién eres, de qué instrumento
no menos maldecible que tu lengua te has valido
para maldecir cantando los planes del mentiroso y
del cobarde,
y dí que las palabras no nacen de la lengua
sino de un sopor voraz a la par que justiciero.

Y cuando el deseo satisfecho reinicie, cual Fénix,
su incesante maquinaria de insatisfacción,
escribe poesía como si no tuvieras cuerpo
o tu cuerpo fuera el cuerpo del delito o
el reproche donde el amor retoza y perece.

Y cuando el universo cambie de lugar
escribe como bailas, cánsate sonriendo y
avergüenzate
de ser aceptado en un mundo que detestas;
y que el iluso saque sus conclusiones.

Escribe poesía como si no conocieras
el olor de la mandrágora ni la saturación de la
muerte
y enséñale a tu lector, convéncelo, oblígalo a
consentir
que los mil y un sentidos de los que has sido
dotado
no te han servido en ningún tiempo
para nada.

Y donde quiera que te halles

escribe poesía como única defensa. No sea
que se desate una guerra
y descubran que eres el enemigo.

Vademécum I

Antes y después del cataclismo
habrá quien viva gracias a mi semen, sin ser mi hijo,
habrá quien me cobije en su vientre, para expulsarme
luego, sin ser mi madre,
habrá quien me fustigue desde su insensato orgullo, sin
ser mi padre,
habrá quien a su antojo cambie una y mil veces mi
destino, sin ser mi dios,
habrá quien me rechace, acurrucándome, sin ser mi
lazarillo,
habrá quien haga de mi irreverencia su *Pentecostés*, sin
ser el que por mí se desangre,
habrá quien por el resto de sus días me lleve en su
conciencia, sin ser mi asesino...
y habrá también aquel que sea libre del todo, sin ser
nadie,
antes y después del cataclismo.

Vademécum II

Aquello que fosforece en tu piel y no es tu lozanía,
aquello
que en lo hondo de ti inspira lástima y no es tu ausencia,
lo que te otorga aires de descuello y no son tus ímpetus,
lo que me induce a acariciarte y no son tus bultos,
lo que, en definitiva, hace de mí un hombre dispuesto y
no es el placer,
lo que yo batallo por aprehender y no deviene en
sosiego.
Disfruto palmo a palmo lo que, sin embargo, no son tus
favores.
No es mi pasado el sitio en donde yo me siento a mis
anchas
y verifico mi recogimiento
dando fe de lo que me he permitido.
Lo que acrecientas sin ser, en rigor,
el hambre que en la mesa primordial derrochas.
Aquello que me confiere, inexcusablemente, sentido de
pertenencia
y me hace acabar en el punto de origen
y envidiar las calumnias que en tu honor yo mismo he
levantado.

Viva el bosque

Bienvenido a mi cuerpo.
El cielo sopla con pertinacia y ya es la hora.
Ha caído también sobre el río la bocanada de oro
y mi camisa huele a lamas, a pochás
y divagaciones.
Esta tarde, con poesía de negros desgranándome,
y con un gran ideal entre las tripas
estoy flameando por ti, veo cómo llegas
radiante de dudas y efluvios, acalorado y besable
levantando los brazos, queriendo susurrar, aprender el
lenguaje
de los que no tienen nada que decir,
retroceder al momento en que daba lo mismo cantar o
morir,
hacer, pero sin resentimiento, lo que sólo la gente
resentida es capaz de hacer,

cambiar de Ángel de la Guarda y colarte en el *club de los silvestres*
y dejar que lejos, muy lejos, el rufián se rinda ante su ídolo
y lo herede en este trance
aun al más banal de sus hijos —él mismo lo heredó de sus mayores,
y éstos a su vez de los suyos, idólatras barbiluengos—.
Tan larga es la historia —nosotros lo sabemos— desde que Adán y Eva posaran en este mismo bosque
con sus vergüenzas hermosas a la vista para su primera fotografía
en pieles prístinas y amor sepia hasta este momento en que tú llegas a mi lado con todo el universo alrededor.

Era un afuerino alegre...

Era un afuerino alegre y ligero, de oficio. Daba la impresión que tenía otro cuerpo escondido en alguna parte pues a medida que hablaba iba como desapareciendo —si bien sus risillas lo traían de vuelta a una realidad que se tornaba palpable y dócil, íntima—. Y hubo un segundo en el que fue muy joven. Y otro en el que su mirada chorreaba un tipo de inocencia desconocida en el pueblo. A veces parecía que estaba desnudo pero eran los presentimientos que se le escapaban de la piel, contra su voluntad, traicionándolo.

He llenado dos copas...

He llenado dos copas con un vino entrañable. Y mientras brindo con mi compañero comprendo que el vino que le he dado es el apropiado para mi sed: mi sed está hecha para ese vino que atraviesa su garganta y lo conocerá como nadie. Y en la deserción será dulce y perspicaz. En verdad, no hay vino

más digno de mi sed que aquél que ha de beber mi compañero. Pero ya es tarde porque él ha dicho “gracias”. Y yo he sonreído.

Iluminaciones

En el Río Elemental los muertos no se ven —y hasta pudiera pensarse que no existen— pero basta con que estiremos un poco la mano para constatar que permanecen ahí, esperando siempre la caricia que los contenta.

Así conocemos a los muertos, así sabemos cómo son y para qué sirven.

A destajo, chapotean de buena gana para olvidar que alguna vez tuvieron que ceder su lugar.

Y nos deslumbramos de corazón cuando oímos que un muerto viejo le dice a un muerto joven: "¿Ves cómo morir se no era nada del otro mundo?"

Ahora son ellos los que no dejan ver el agua, no dejan ver la soledad que ha crecido y que ya cubre los yuyos y las rocas más altas.

A mi fantasma nativo

No te da pena la felicidad tan latente de los otros.

No te da pena el otoño que cambia de nombre a cada rato.

Y las hojas secas que no caen.

Y las verdes que cayeron.

No te dan pena los dedos aburridos de imaginar.

No te da pena el cielo derramado siempre en sí mismo.

No te dan pena las palabras que lloran si no son pronunciadas.

No te da pena el silencio falso que no ha sido roto porque un parlanchín sin remedio descubrió que era falso.

Manzaneros

Cientos de manzaneros van por la rotonda.

Todos son felices. Todos son bellos.

A todos les sobra tiempo aunque marchan a prisa.

Y aunque se remecen desnudos bajo sus overoles a todos les falta vergüenza.

Son los guerreros convocados por el profeta que ha debido aprender a soñar de golpe.

Y el reino del cual proceden carece aún de escaramuzas y emblemas como no sean las escaramuzas y emblemas propios del íntimo vivir.

Y cada uno resulta ser un dios siempre dispuesto a salvar al pecador que le fue dado, según los preceptos de la religión que profesan.

Y el idioma con el que sobreviven a la glorificación o a la indiferencia no dispone de palabras sino de gemidos.

